



EL CANTO DEL CISNE

J. O. Conde

EL CANTO DEL CISNE



Primera edición: octubre 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© J. O. Conde

ISBN: 978-84-19439-74-1

ISBN digital: 978-84-19439-75-8

Depósito legal: M-25997-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi padre, Pepito, por su generosidad al recordar y querer compartir conmigo el pasado tan terrible de la guerra, y por conceder a la postre la paz a la vida cotidiana. Porque sabía que nada podría detener el tiempo.

*¡Y si después de tantas palabras,
no sobrevive la palabra!*

(...)

*¡Y si después de tanta historia, sucumbimos,
no ya de eternidad,
sino de esas cosas sencillas, como estar
en la casa o ponerse a cavilar!*

(CÉSAR VALLEJO)

*Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria.
Si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.*

Pido la paz y la palabra

(BLAS DE OTERO)

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	17
1. SOLEDAD EN LA FRÍA CELDA	
2. LA INESPERADA DETENCIÓN	
3. LA DESPEDIDA DE WIGBERTA	
4. LA MUERTE Y EL SALUDO A LA VIDA	
CAPÍTULO I.....	29
5. LLEGADA A LA RESIDENCIA	
6. INICIO DEL RELATO. LA MEMORIA	
PARTE I: LA PAZ	
CAPÍTULO II.....	33
7. EXPOSICIÓN IBEROAMERICANA DE SEVILLA	
8. EL PARQUE DE ATRACCIONES	
CAPÍTULO III.....	41
9. EL POZO DONDE «SE TIRABA TODO LO MALO»	
10. LA PARTIDA DE AJEDREZ	
11. EL AÑO DE LOS TIROS	
CAPÍTULO IV.....	53
12. EL PÁNICO BURSÁTIL	
13. PLATERO Y BOATSWAIN	
14. LLEGA ALASKA	
CAPÍTULO V.....	65
15. A CASA DE LAS PRIMAS	
16. EL GRAF ZEPPELIN	
17. LA MARIPOSA Y LA VELA	
CAPÍTULO VI.....	73
18. ACTO HOMENAJE A VÁZQUEZ DÍAZ	
19. MUERE EL ABUELO JUAN MANUEL	

CAPÍTULO VII.....	81
20. LLEGA LA SEGUNDA REPÚBLICA	
21. SALVANDO EL ARTE	
22. EL CABALLO QUE SE COMIÓ A LOS PAJARITOS	
CAPÍTULO VIII.....	87
23. EL RASCACIELOS	
24. LA TERTULIA DE LOS INTELLECTUALES	
25. ANTONIO, EL DECORADOR	
26. VISITA DE FERNANDO DE LOS RÍOS	
CAPÍTULO IX.....	109
27. SUCESOS EN EL MITIN SOCIALISTA	
28. «LA VIDA ES MAMÍFERA»	
29. ROBO EN LA CASA DE BANCA	
CAPÍTULO X.....	119
30. A LOS TOROS	
31. COMIENZA LA DECEPCIÓN	
32. MANIFESTACIÓN EN DEFENSA DE LA REPÚBLICA	
33. LA VENGANZA	
34. EL MAESTRO	
CAPÍTULO XI.....	139
35. EL PÁRROCO DE NERVA	
36. A LA ÓPERA	
37. EL ESPIRITISTA	
CAPÍTULO XII.....	153
38. EL GRAN COMBATE	
39. EL HACEDOR DE PUENTES	
40. LA DESPEDIDA	
CAPÍTULO XIII.....	159
41. ESTOS SON MIS PODERES	
42. POBRECITO TREN	
43. LLEGA BLANCA VELÁZQUEZ	
44. EL DESENCUENTRO	
CAPÍTULO XIV.....	171
45. EL REGRESO DEL PADRE	
46. AGITACIÓN DE ORDEN PÚBLICO	
47. LO QUE ESCONDE LA CALLE PIARRAD	

CAPÍTULO XV.....	181
48. LA BARRACA	
49. EL TORNEO INTERNACIONAL DE AJEDREZ	
50. LA CAJITA DE MÚSICA	
51. EL CANTO DEL CISNE	
CAPÍTULO XVI.....	193
52. LAS AUTOPSIAS	
53. PREPARANDO LA REVOLUCIÓN	
54. LA REVOLUCIÓN	
55. NERVA REVOLUCIONARIA	
CAPÍTULO XVII.....	207
56. FALLECE RAMÓN Y CAJAL	
57. EL CENTRO DE HIGIENE Y SALUD	
58. TORNEO DE AJEDREZ EN NERVA	
59. EL PARTIDO DE FÚTBOL	
CAPÍTULO XVIII.....	219
60. HOMENAJE A MORÓN	
61. EXPOSICIÓN DEL LIBRO INFANTIL	
62. LA PREMONICIÓN	
63. LA MARCHA DE ANTONIO	
64. EL TRANCE FINAL DE LA VIDA	
CAPÍTULO XIX.....	237
65. A POR LOS TRESCIENTOS	
66. LAS ÚLTIMAS ELECCIONES	
67. REUNIÓN POLÍTICA EN CASA	
68. EL BAÑO TURCO	
CAPÍTULO XX.....	251
69. CECILIA VÁZQUEZ, UN ÁNGEL DE DIOS	
70. TIEMPOS MODERNOS	
CAPÍTULO XXI.....	261
71. TENSA SESIÓN EN LAS CORTES	
72. EL RUISEÑOR Y EL POETA	
73. LA LLUVIA DE ESTRELLAS	
FOTOGRAFÍAS.....	269
PARTE II: LA GUERRA	
CAPÍTULO XXII.....	305

74. YA ESTÁ AQUÍ LA GUERRA	
75. LA COLUMNA MINERA	
76. LA QUEMA DE LA IGLESIA	
CAPÍTULO XXIII.....	321
77. ARDE EL CONVENTO	
78. EMISIÓN RADIOFÓNICA	
CAPÍTULO XXIV.....	329
79. LAS OLIMPIADAS DE BERLÍN	
80. EL ANTÍLOPE DE ÉBANO	
81. ASALTO AL CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL	
CAPÍTULO XXV.....	345
82. DESTROZOS EN LA CASA DE PEPE	
83. LA VOCACIÓN DE CECILIA	
84. NUEVA ALOCUCIÓN RADIOFÓNICA	
CAPÍTULO XXVI.....	359
85. BOMBARDEO SOBRE NERVA	
86. CAEN OCTAVILLAS	
87. TODO POR UNA VACA	
CAPÍTULO XXVII.....	371
88. SE ESTRECHA EL CERCO SOBRE NERVA	
89. LA ENTRADA DE LAS TROPAS EN NERVA	
90. RUMBO AL CAMPO DE FÚTBOL	
91. DESTROZAN LA TIENDA DE ANDRÉS ALBÉNIZ	
CAPÍTULO XXVIII.....	385
92. LA COMISIÓN DE LIMPIEZA	
93. LA FIESTA MÁS MACABRA	
94. LEONARDO ROMERO SUÑER, TORTURADO	
95. ANDRÉS ALBÉNIZ, ASESINADO	
CAPÍTULO XXIX.....	397
96. ESCENA EN LA BARBERÍA	
97. EL CLIMA DE TERROR: MUJERES RAPADAS	
98. EL CLIMA DE TERROR: LOS FUSILAMIENTOS	
99. LA VIOLACIÓN DE SANTIAGO	
100. I WILL LOVE YOU FOREVER	
CAPÍTULO XXX.....	419
101. MI PADRE, REZANDO	
102. DECIDIDO A QUITARSE LA VIDA	
103. LA CLASE DE PIANO	
CAPÍTULO XXXI.....	429
104. VISITA A LA CASA DEL DR. RONCERO	
105. VISITA DEL GOBERNADOR	

106. ADIOS, TROTSKY	
107. LAS SIETE VIDAS DEL MARABÁS	
108. AL TEATRO VICTORIA	
CAPÍTULO XXXII.....	447
109. EN BUSCA DE MARGARITA ROMERO	
110. ALASKA CRUZA EL PUENTE DEL ARCO IRIS	
CAPÍTULO XXXIII.....	465
111. SALUDOS IDEOLÓGICOS	
112. MATANDO GAÑAFOTES	
113. EL CABALLO DE TURÍN	
114. CLASE MAGISTRAL SOBRE LOS BURRITOS	
CAPÍTULO XXXIV.....	481
115. UNA NOCHE EN LA ÓPERA	
116. VELADA LÍTERARIA EN CASA	
CAPÍTULO XXXV.....	493
117. DESFILE CONMEMORATIVO	
118. NUEVO BANDO DE GUERRA	
119. LA FLOR DE CACTUS	
PARTE III: EL FINAL	
CAPÍTULO XXXVI.....	503
120. EL LEGADO	
121. PEPE, TESTIGO DEL ASESINATO DEL DR. RONCERO	
122. LA MUERTE DE PEPE	
123. EL SECRETO DE LA CAJITA DE MÚSICA	
EPÍLOGO.....	515
124. TRAS EL PUENTE DEL ARCO IRIS	
AGRADECIMIENTOS.....	517
BIBLIOGRAFÍA.....	519

PRÓLOGO

«¿Qué ajenas están las estrellas al devenir de nuestras vidas! Es hermoso que sigan con su acontecer cósmico, centelleantes, con su osada indiferencia, sin inmutarse lo más mínimo por nuestros dramas cotidianos, ajenas a las bombas y a las muertes y a los gritos de dolor, tan insignificantes que simplemente no existimos para ellas. ¿Qué saben de nuestras inquietudes? ¿Qué de nuestra arbitraria y desquiciada vida? Nada.

»Observando en la noche a través del diminuto ventanuco en esta triste y lúgubre celda, de luz y sombras, ahora me siento como aquel árbol solitario que, gallardo y resignado, eleva su nota transparente de color y vida sobre la aridez y soledad de la llanura estéril e incolora. ¡Ese soy yo!

»Ya hemos escrito tanto, demasiado tal vez... Ahora es tiempo de conocer la verdad, la suprema verdad. Nuestra curiosidad quedará, por fin, satisfecha. ¡No te rompas todavía, vida! La comedia, tan admirable, de la vida toca a su fin. El telón está presto a cerrar la función del tiempo y el espacio, los espíritus de los hombres intranquilos están; ha triunfado el porvenir siniestro y sella su triunfo de modo indeleble. La vida sonrío satisfecha de haber cumplido su ciclo. Siento que, ligero, huyo del ritmo monótono de la vida y busco la excepción de la vida misma y caminar cerca de los dioses.

»Y ahora, ¿quién me ha de escuchar?, interrogo a la soledad de mi celda, entre estas cuatro paredes. ¡Es inútil, es inútil, todo es inútil! ¿Qué puedo hacer, qué está en mi mano ahora? Estoy a merced de todas las severidades. ¿Qué locura es esta? La vida, un continuo renunciar, un vasto drama con un único y verdadero protagonista: la perpetua mutación de todo lo conocido, de todo lo que nos es querido. ¿Acaso el consuelo de saber que lo más querido para mí, mi familia, no está aquí conmigo podría aliviarme en algo? ¿Por qué no acepto de una vez mi realidad, la cruel realidad? Estoy solo, solo y desamparado, aquí encerrado, en la noche fría y oscura, esperando mi destino. ¿Y acaso no es eso lo que esperan todos los hombres? ¿Qué me resta ya de la vida? ¡Tanto y tan poco a la vez!

»Mi querido pueblo, tan orgulloso de su nombre romano, qué tranquilo ahora te siento en la noche oscura. Lame tus heridas, tan maltrecho y lastimado y, sin embargo, tan apacible te me apareces ahora. Qué duro has pagado tu desafío, ¿por qué se han cebado contigo? ¿Qué mal hiciste para merecer tanto dolor, tanto sufrimiento? Solo levantar tu voz inquebrantable para defender la dignidad de sus mujeres y de sus hombres, para no dejarse avasallar por los poderosos. Y, sí, lo reconozco, estuve honroso a vuestro lado, codo con codo desde el principio, como uno más, que bien lo sabéis todos. Que una vez se levantó un médico contra el orgullo de un director de una poderosa compañía minera. Que una vez la dignidad pudo más que el bienestar..., que el director, comentando mi caso, dijo: «¡No sabe ser empleado!». No supe ser esclavo o borrego, quiso decir. Ni supe ni quise serlo.

»Presiento que mi final está próximo y que mis peores presagios de los últimos meses se confirmarán irremediamente, y quiero dibujar algo de esperanzada belleza donde no hay más que una escena nocturna, pura e inocente, tan lejana... ¿No debería resignarme? Sí, tal vez sea eso, pero ¿a qué?, ¿a afrontar mi muerte?, no.

»No, aún estoy vivo, aún puedo respirar; sí, eso es, me llevarán a Huelva a interrogarme, sí, eso me han dicho; tengo que creerlo, necesito creerlo. No me va a pasar nada malo, seguro; ¿qué pueden tener contra mí? Seguro que don Antonino puede interceder por mí. Él es hombre influyente en Nerva y, además, yo lo hice por él cuando me necesitó. Pero ¿por qué tardan tanto? ¿Y si me engaña mi corazón? Siempre me imaginé a mí mismo enriquecido de vida y, ahora, no sé qué pensar. La vida es tan vulnerable, valiosa y fortuita que cada día es un regalo cargado de misterio. Y yo ya he perdido el control de la mía. Tan solo puedo seguir respirando; sí, eso haré, y así sabré que aún hay vida en mí, que aún queda esperanza.

»¿Qué será de ti, mi queridísima esposa? Tendrás que pasear por la vida sola. A ti te tocará tratar de aliviar la pena que romperá el corazón y el alma a nuestra querida hija, que quedará desamparada. ¡Mi bella niña! No permitas que el odio anide en su corazón. Más al contrario, que el amor haga de su corazón su morada eterna.

»¡Oh, la divina paz natural en el amor manso y discreto! Sí, ahora conozco la verdad, eso es. Gracias, gracias por este remanso de paz imperturbable, ahora veo claramente, cara a cara. Solo el amor podrá salvarme, sí, el amor me salvará, solo a través de él podré encontrar alivio y consuelo. Solo y desposeído de todo, desolado, soportando este sufrimiento que me apuñala en la oscuridad de la noche, no podrán quitarme mi voluntad de amar. Mi deseo y mi amor están

intactos, son míos, míos, y no podrán arrebatármelos, ni aun segándome la vida podrán. Las contemplo, sí, puedo verlas con nitidez, a mis amores en vida, mi querida esposa Rosario y mi queridísima hija Wigberta, siento regocijo por vuestra sola existencia. Sí, puedo sentirlo, puedo sentirlo... Ahora estoy en paz.



Solo unas horas antes, la noche cerrada ha caído sobre el pueblo minero de Nerva, en plena cuenca minera de Huelva. Hoy es 14 de agosto de 1937, hace más de un año que empezó la guerra civil. El silencio y la oscuridad se han adueñado de las calles. Los nervenses tratan de descansar como buenamente pueden; al menos durante la noche intentan encontrar algo de paz y sosiego, tan anhelados.

De madrugada, sobre las dos o las tres de la mañana, unas sombras algo siniestras se aproximan lentamente a casa de uno de los médicos del pueblo, el muy querido y admirado doctor Cristóbal Roncero, donde ya todos duermen, deben pensar esos hombres. De repente, se detienen en su puerta y antes de llamar hablan brevemente entre ellos, como indecisos, parece que no se atrevieran a interrumpir el descanso de su familia. Pero, finalmente, golpean la puerta sin condescendencia alguna.

Su hija, Wigberta, que llevaba tiempo dormida, se despierta sobresaltada y acude rápidamente al dormitorio de sus padres, pero allí solo encuentra a su madre, Rosario, que también se ha despertado con los golpes y está sentada en la cama, muy asustada. Su padre no se había acostado aún, estaba en su despacho, no podía dormir. Wigberta corre a su encuentro y se topa con él, pues ha oído también los golpes en la puerta y se dirige a abrir.

—¡Papá, han llamado a la puerta! ¿Qué pasa? —pregunta alarmada.

—No pasa nada, hija, ya bajo yo a ver. Quédate con mamá. Seguro que es una urgencia médica, no te asustes.

Cuando abre la puerta se encuentra a un guardia civil cuyo rostro, a pesar de las sombras de la noche, le es familiar. Sí, es Mateo, a cuya familia había atendido hace unos días, pues su hijo había estado bastante tiempo enfermo.

—Mateo, ¿otra vez el niño enfermo? ¿Qué le pasa ahora? ¿Está peor? —le pregunta el doctor Roncero, tratando tal vez de tranquilizarse a sí mismo.

—Salga usted, don Cristóbal, queda detenido —dice Mateo, uno de los guardias civiles que espera en la calle.

De repente, el doctor Roncero cae en la cuenta de la siniestra realidad del momento: Mateo viene de uniforme y, además, ahora puede ver claramente al otro guardia, que se había quedado un poco rezagado. Ha venido a su casa, de

noche, una pareja de la Guardia Civil. No puede ser una urgencia médica, no es eso, no quiere engañarse; han venido a detenerlo, efectivamente. El momento que tanto había temido ha llegado. Rosario, su mujer, solo acierta a pronunciar unas palabras ininteligibles, enloquecidas tal vez. Sus manos temblorosas reflejan el momento de pánico. Los guardias civiles hablan entre ellos, se cruzan unos susurros que suenan fúnebres y amenazantes. Wigberta tiene el corazón crispado de angustia, pero retiene su miedo.

—Hija —le dice su padre mientras se prepara y recoge unas pocas prendas desde el descansillo de la escalera—, acércate aquí mismo, a casa de don Antonino. Él sabrá qué hacer; seguro que intercederá por mí. Ya verás, esto se va a arreglar, tiene que ser un error, no te preocupes. Ahora tienes que ser fuerte, y sé que lo serás.

—Sí, papá —le responde Wigberta.

Don Antonino Seco es el cura párroco de Nerva, amigo del doctor Roncero, por el que este había intercedido hacía tiempo, recién estallada la guerra civil, cuando las masas incendiaron y saquearon su casa y el médico acudió en su auxilio. Dado su estado de salud, lo trasladó a la casa de socorro tras sacarlo de la cárcel, donde lo atendió, lo que expuso al doctor Roncero a enfrentarse a algunos exaltados.

En cuanto los guardias se llevan detenido a su padre, Wigberta, muy asustada, acude rápidamente a casa de don Antonino. En realidad, son vecinos, pared con pared, pues ambos viven en la calle San Bartolomé, cerca de la iglesia, en el centro de Nerva. Llama a casa del cura párroco y la recibe la señora que lo cuida, quien la hace pasar dentro, donde encuentra a don Antonino en camión.

—Don Antonino, ¡mi padre, mi padre! Se lo han llevado detenido. Tiene usted que ayudarnos, por favor —le implora una asustada Wigberta.

—Vete a casa, que cuando amanezca ya veremos. Vete a tu casa y no salgas de allí —le contesta don Antonino, que parece no entender la gravedad de la situación, lo que desconcierta mucho a la muchacha.

Wigberta sale de la casa del cura párroco, decepcionada por la supuesta falta de interés de don Antonino. «¿Cómo es posible? —se pregunta—. ¿Es que no se acuerda de cómo mi padre se jugó el pellejo por ayudarlo?». No está dispuesta a esperar a mañana. Si el cura tiene miedo, o lo que sea, y no quiere mover un dedo por su padre, ella no lo va a abandonar a su suerte, tiene que saber que está bien, sí, debe ir a verlo ahora mismo, no puede esperar más. Acude esa noche en repetidas ocasiones al ayuntamiento, donde se ubican los calabozos, a interesarse por su estado, pero no consigue que la dejen verlo. «Mañana. Vuelva usted mañana, señorita», es lo único que obtiene como respuesta del alguacil.

Nadie parece querer ayudarla esta noche, como si ya nada se pudiera hacer hoy. Vuelve a su casa, con su madre, que llora desconsoladamente, ahora sabe que tiene que ser fuerte, se lo ha prometido a su padre.



Amanece en Nerva. Sin duda ha sido una aciaga noche para la familia Roncero. Don Cristóbal la ha pasado en el calabozo, solo, con sus pensamientos. Aún es muy temprano, pero Wigberta ya no puede aguantar más y, en cuanto despunta el día, echa a correr y va a buscar a su padre al ayuntamiento. Pregunta de nuevo al alguacil.

—Mire, señorita, su padre de usted va a declarar a Huelva —le informa.

Ante esta noticia, la muchacha sale apresurada y muy angustiada hacia la parada de la camioneta de Damas; no queda muy lejos de allí. Pero antes se llega a su casa para decírselo a su madre, que no para de llorar. Wigberta sabe que tiene que seguir adelante, tiene que hacer algo, ahora tiene que actuar, debe ayudar a su padre; ya habrá tiempo de llorar después, si acaso. Nada más salir de su casa, le sale al paso don Antonino, el cura párroco, que se ha acercado a verla y trata de detenerla, llega incluso a sujetarla. Intenta convencerla de que no vaya a ver a su padre, que puede ser muy peligroso. Pero nada puede pararla.

—¡A mí no me sujeta ni una pareja de la Guardia Civil; yo veo a mi padre por encima de todo! —le grita Wigberta, que logra zafarse del cura de malas maneras y con tanta fuerza que casi lo tira al suelo. Este queda sorprendido de la reacción algo grosera de la muchacha.

Cuando llega a la parada de la camioneta, ve, por fin, a su padre, a lo lejos; no lo han subido todavía. Al acercarse a él, lo encuentra demudado y, además, esposado como un vulgar criminal. Wigberta pide, exige casi como una orden, que lo liberen inmediatamente, que quiere hablarle; y lo hace con tanta vehemencia que ella misma se sorprende por momentos.

—No pasa nada, hija, solo voy a declarar. Dile a mamá que no se impaciente, que voy a Huelva —le pide su padre, con voz triste, tratando de calmarla.

El doctor Roncero entrega a su hija un paquete de cigarrillos rubios, su reloj y una sortija distintiva de los antiguos galenos; es una amatista.

—Pero, papá...

Wigberta quiere creerle, las palabras de su padre han tenido la intención de tranquilizarla, seguro, pero no han sonado muy convincentes, la verdad. Ella sabe que sus ojos no pueden mentirle, y ve en ellos un mal presagio, una realidad muy diferente. Percibe que sus días de felicidad tocan a su fin y la invaden augurios de pesadumbre desconocidos. Puede leer en los ojos de su padre que

siente que no va a volver y que lo van a matar. La muchacha intuye, por un momento, que no volverá a ver a su padre con vida. Trata de aferrarse a esta última imagen, congelarla en su corazón y en su alma para recordarla siempre. Y no va a llorar en su presencia, no quiere que su padre se quede con esa escena de dolor, tiene que ocultar estos sentimientos en el fondo de su corazón.

Al rato, como en una escena que tuviera el guion ya escrito de antemano, sin posibilidad material alguna de alterarlo lo más mínimo, vuelven a esposar al doctor Roncero y lo meten en la camioneta de Huelva, sin más. Todo acontece con una extraña normalidad, nada lo interrumpe, parece que nada pueda evitarlo. Wigberta siente el fatalismo del momento presente como un puñal en su corazón, todo sucede con una pasmosa tranquilidad. El doctor Roncero ya no mira más a su hija; ambos temen el encuentro fugaz de unas miradas llorosas.

Sin poder evitarlo, Wigberta ve alejarse la camioneta, rumbo a Valverde y a Huelva. Ahora, la imagen de esa camioneta, apodada popularmente la *bussing*, alejándose entre las callejuelas de Nerva se le aparece como si fuera la balsa de Caronte, el barquero de Hades infernal, del que le había hablado su padre, el que lleva a los muertos hacia los infiernos, en balsa. Pero su padre no está muerto aún ni ella cree que merezca ir al infierno. «¿Por qué, entonces, ese pensamiento tan infausto y oscuro?», piensa. Y, además no es Caronte el que conduce la camioneta, le ha parecido reconocer al conductor, sí, cree que es Marañón, aunque tal vez esté equivocada y sea su ayudante, un tal Francisco, le parece. «¿Qué importancia puede tener eso ahora?», se pregunta, y se queda un momento a solas cavilando.

—Señorita Wigberta, ¿le llevo las maletas? —una voz ronca y profunda, que reconoce de inmediato, le interrumpe por un momento sus pensamientos.

Es Ramón, el de las Palomeras, un vecino de Nerva que te lleva gratis las maletas a la camioneta, aunque siempre a cambio de alguna propina, invariablemente presto a recoger unas perrillas que le permitan ir tirando. Se dedica a esperar la salida de la camioneta de Damas que va a Huelva, o la de Frasquito, que va a Sevilla, o bien a la llegada de cualquiera de ellas a Nerva. Siempre dispuesto para quien necesita sus servicios, incluso se llega a las casas de quienes tienen que viajar para recoger el equipaje, el hombre no ha reparado en nada extraordinario. Algunos viajeros a los que ha ayudado a subir sus maletas al portante del techo de la camioneta, alguna propina. Todo le ha parecido de una normalidad habitual, sin darle importancia alguna al hecho de que la camioneta lleve algunas personas detenidas, algo frecuente en estos tiempos.

—No, Ramón, gracias, no viajó hoy yo —le contesta casi sin fuerzas Wigberta.

Y se aleja, muy despacio, hacia su casa, en la calle San Bartolomé, cerca de la iglesia, junto a la casa del cura párroco. Allí la espera su madre. Su vida.



La camioneta de línea, un viejo camión Chevrolet de la compañía Damas, ha salido temprano de Nerva, en su ruta hacia Huelva, lo que le llevará unas cinco horas. En su trayecto hará una parada en Valverde del Camino, durante la cual la máquina descansará y el chófer, Marañón, podrá visitar a una *amiga*.

Dentro, para la mayor parte de los viajeros, este viaje es solo uno más en sus vidas, en el marco de lo ordinario, de lo cotidiano. Algunos hablan entre ellos, conversaciones banales o tal vez no tanto; otros miran el paisaje o tratan de dormir, lo que no es nada fácil con el traqueteo incesante de la camioneta y el mal estado de la carretera; y algunos incluso se pierden en sus cavilaciones más profundas...

«Mi querida hija Wigberta, qué valor has tenido para atreverte a venir a despedirte de mí. Y qué triste te he visto, has intentado ocultármelo, pero lo he podido percibir en tus ojos, tú sabías lo que seguramente me va a pasar. Por eso has querido ver a tu padre una última vez, ha sido un adiós a la vida. Porque, ¿qué ha sido si no? Sí, ahora presiento que ha sido un final, ambos intuíamos la verdad, la terrible verdad que me acecha, que posiblemente me van a matar, me van a asesinar, sí, seguramente junto a estos dos pobres desgraciados que están sentados detrás de mí».

El doctor Roncero está sentado en los asientos justo detrás del conductor, junto a él hay otros dos hombres que también van esposados. Son Antonio Pérez Quinta y Manuel Morales Lancha. Antonio había sido uno de los que entregaron pacíficamente Nerva a las tropas sublevadas, hace un año de eso. Socialista declarado, todo el pueblo sabe que es un buen hombre de orden. Manuel había sido juzgado en Nerva el pasado 24 de mayo, junto a otros compañeros, entre ellos Antonio Calzada Díaz, que había sido juzgado por delito de rebelión militar y condenado a muerte. Curiosamente, Manuel salió absuelto de este juicio.

Junto a ellos van dos guardias civiles, los llevan a declarar, según les han dicho a todos. «¿A declarar qué?», se pregunta el doctor Roncero. Llegando ya a Valverde del Camino, en el paraje conocido como Puente Nuevo, otros dos guardias civiles que estaban esperándola detienen la camioneta en una parada no programada, lo que sobresalta a los tres detenidos. Estos son obligados a

bajarse; tras una breve charla entre todos los guardias, la camioneta seguirá su viaje, ya sin estos tres pasajeros, que han quedado en tierra, junto a los dos guardias civiles que estaban aguardándola.

La pareja de guardias civiles espera pacientemente a que la camioneta se aleje lo suficiente, y mientras eso ocurre, cruzan entre ellos algunas palabras, incluso alguna inmisericorde risotada, inaudible para los tres pobres hombres esposados, que, impertérritos, han quedado de pie. El doctor Roncero, un poco separado de los otros dos, que bajaron antes de la camioneta. Ellos están allí, sin hablarse, sin mirarse siquiera, conscientes plenamente de lo que les va a ocurrir, de lo que va a acontecer en los próximos minutos: que están viviendo los últimos de sus vidas, que ese paraje seco y montañoso en este amanecer es la última imagen que se llevarán de este mundo. De repente, uno de los acompañantes del doctor Roncero comienza a llorar, un llanto contenido, como algo abochornado incluso.

—¡Ahora lloráis, rojos de mierda! ¿Dónde está vuestro valor? —le suelta uno de los guardias.

Hace ya rato que la camioneta se ha perdido de la vista, no habrá testigos. El momento ha llegado y tienen que afrontarlo, no hay escapatoria. Van a morir. Y van a matarlos estos dos guardias civiles, tan jóvenes, además. La muerte es inminente. Esto es tan cierto como que aún están vivos. La escena se desarrolla sin ningún protocolo ni ceremonial o liturgia esperada. Es tan vulgar y tan ordinaria como la muerte misma. Uno de los guardias saca su pistola reglamentaria y se acerca a uno de los hombres, el que había empezado a llorar, que está mirando fijamente al suelo. Suena la fatal descarga y el hombre cae hacia atrás. Luego, al momento, un nuevo tiro de pistola en la cabeza, el de gracia, para rematarlo.

El doctor Roncero y el otro hombre están como petrificados. De repente, el otro empieza a correr, malamente y dando algún traspié, pues sigue esposado. Consigue alejarse unos metros tan solo. Se oye un «¡Fuego!», como si fuera un fusilamiento ordenado. El guardia civil que había quedado algo rezagado le dispara con su fusil y le alcanza por la espalda, y el pobre hombre cae al suelo tras el impacto de la bala en su cuerpo. Todavía se mueve, sigue vivo. Se acerca al moribundo el otro guardia civil, el que había querido matar primero y, otra vez, un nuevo tiro de gracia. Han matado a los dos hombres. Ya solo queda él, el doctor Roncero.

Se pregunta por qué habrán querido dejarlo para el final, tal vez no se atreven a matarlo. Es consciente de ser un hombre muy respetado en Nerva, incluso por aquellos que no comulgan con sus ideas. Sí, tal vez le perdonen la vida.

Los guardias se acercan a él. De pronto, uno de ellos le advierte al otro:

—Se acerca un coche, espera un poco.

Los tres quedan con la escena del asesinato en suspenso, un inoportuno automóvil se aproxima por la carretera, vendría solo unos kilómetros por detrás de la camioneta.

—¡Qué oportuno! —dice uno de los guardias.

—Espera que se aleje, ya sabes —responde el otro.

Don Cristóbal reconoce el coche. «No puede ser —piensa por un momento—. No es posible que sea el coche de Pepe. Sí, lo es, es el Ford C-10, es inconfundible: no hay otro coche igual en toda la comarca. Sí, eso es, ha debido ser Wigberta, que ha ido a buscarlo y vienen a ayudarme. Todo ha sido una terrible equivocación, seguro que es eso. Todo ha terminado, gracias a Dios».

El coche aminora la marcha cuando se acerca a donde están el médico, junto a los dos cadáveres que yacen en el suelo, y los dos guardias, prestos a continuar con su matanza, en la cuneta al filo de la carretera. Sin embargo, enseguida sigue su camino, no llega a pararse del todo. El doctor Roncero entiende entonces que la visita del coche es un acontecimiento casual, no vienen en su busca, no vienen a salvarlo. El destino cruel quiere que, en la antesala de la muerte, sus amigos vayan a ser testigos de su asesinato.

Temiendo alguna reacción del doctor Roncero que pueda tal vez pedir socorro o tratar de parar el coche, los guardias civiles se aproximan a él y lo intimidan apuntándole con sus fusiles, a modo de advertencia.

—Usted, quietecito ahora, no haga ninguna chaladura —le dice uno de ellos.

Al pasar el coche a su vera, el doctor Roncero, decidido a actuar, reconoce vagamente a sus amigos dentro y levanta las manos esposadas.

Los guardias civiles quedan estupefactos, no se esperan ese gesto del reo, no entienden cómo ha podido atreverse a saludar a los ocupantes de ese coche, que ya se aleja por la carretera a Valverde.

El doctor Roncero afronta sus últimos momentos de vida, pero no tiene miedo y hace frente a su destino. Se vuelve a los guardias y les dice en un tono tranquilo:

—Estoy preparado, cuando ustedes quieran.

Uno de los guardias civiles da un paso atrás, como asustado, no está acostumbrado a ver un gesto de valor y coraje como este ante la muerte. Queda desconcertado, mira al otro, que tampoco reacciona todavía; parece que ambos duden ahora y no se decidan a matarlo. El gesto del doctor Roncero los ha dejado descolocados y confundidos. Uno de ellos, decidido a seguir con el ritual de muerte, le dice al médico:

—Empiece a andar usted, don Cristóbal, vaya para allá.

El doctor Roncero entiende que no se atreven a matarlo cara a cara y prefieren hacerlo por la espalda. Pero esto tampoco le importa ya. Ha aceptado su destino y obedece la orden. Empieza a andar con paso firme, pasando entre los dos guardias civiles, que ni siquiera osan mirarle a los ojos cuando se cruza con ellos. Apenas ha dado unos pocos pasos y se oye un disparo. Luego más detonaciones. Varias balas han atravesado su cuerpo, entrando por la espalda; ha caído de frente sobre la tierra seca. Silencio.

Silencio.

«Ahora sí que todo ha acabado, aún existo, pero dentro de unos instantes dejaré de hacerlo. Y aún puedo entreoír a estos hombres que me han disparado, lo que significa que aún estoy vivo. Me duele mucho una pierna y el estómago, y tengo un intenso dolor en la boca también; creo que tengo una bala incrustada en el paladar. Estoy sangrando mucho, lo noto, voy a dejar esta tierra regada con mi sangre, que percibo cómo se escapa ya de mi cuerpo.

»Bueno, y ahora ¿qué?, ¿voy a desmayarme? ¿Cuánto tiempo durará esta agonía? Ya no los oigo, han debido marcharse y me han dejado aquí, moribundo, tirado en medio del campo, junto a la carretera y a los cadáveres de estos dos pobres desgraciados. Me arde la barriga, qué dolor tan insoportable. Y huelo a pólvora. Voy a intentar abrir los ojos. Sí, eso es, quiero ver el mundo una vez más antes de morir. Pero ¿qué es esto? ¡Oh, qué pena!; sí, al caer he roto este hilillo de vida bullidora, este río de hormigas. Perdonadme, por favor, no he querido hacerlo. No os detengáis por mí, no os espantéis ante mi catastrófica irrupción. Eso es, bordeadme y volved a soldar el hilo roto de vuestro camino. Seguid así, indiferentes, como aquellas lejanas estrellas que ayer, en la celda, ignoraban mi angustia.

»Siento que antes de morir debería tener pensamientos apropiados, no quiero dejar este mundo con un sentimiento de odio ni de rencor. Mi último pensamiento será de perdón, sí, de perdón y de amor. ¿Estaré muerto? No siento ya nada, ni siquiera dolor alguno, pero sigo pensando, sí, soy consciente de que todavía tengo pensamientos.

»Presiento algo extraño, tenebroso tal vez, pero que me atrae. Y está allí, al final; sí, puedo verlo claramente. Me envuelve y me protege a la vez. ¡Qué sensación de amor incondicional! Es increíble. Sí, es muy lindo, quiero aceptarlo, quiero dejarme llevar. Qué sensación de paz, de inmaterialidad, no hay tiempo ya, ni espacio alguno; ahora ambos cobran un sentido nuevo para mí. Todo es menos importante de lo que creíamos, así es. Es el todo y la nada a la vez. Ahora veo toda mi vida y, a la vez, todo lo que vendrá también. Ya

no estoy ni en el tiempo ni en el espacio; todo ocurre a la vez y también todo está conectado. Pero ¿qué haces aquí? ¿Y papá? Sí, voy contigo, no te angusties. Ahora te siento como si fueras yo mismo, y a todos los seres también, en una comunión universal e intemporal. Todo lo que he vivido lo llevo conmigo, esa energía soy yo ahora.

»Ya siento cómo mi cuerpo se ha quedado atrás, sí, puedo verlo allí abajo, maltrecho y horadado de muerte, desangrándose de vida. Pero siento euforia y paz a la vez, felicidad y un placer absoluto. ¡Cómo me atrae ese punto de luz! Es algo magnético, me siento arrastrado brutalmente hacia él, cuánta luz, me envuelve y, a la vez, me penetra. Es maravilloso.

»Cuánto amor he dejado en la vida, puedo sentirlo. He sembrado mucho amor y seguiré vivo en todas aquellas personas a quienes he amado. Ahora solo siento que soy energía, no estoy preso en mi cuerpo, me he integrado en el todo universal, con cada vida de la existencia pasada, presente y futura del mundo; formo parte del todo y estoy disuelto en él. Y puedo acceder a todo el conocimiento que existió, que existe y que existirá. Y es un conocimiento de amor desprendido, que no juzga, solo llega. Puedo ver en todas las direcciones y en todas las épocas, el tiempo lineal no me supone ninguna atadura.

»Percibo ese amor incondicional que me envuelve, es arrollador, un amor puro, limpio y sin condiciones. Ahora conozco el gran secreto, lo único que importa es el amor, es lo que vive eternamente...

CAPÍTULO I

—Menudo atasco hay hoy en la carretera de Andalucía, claro, como todos los viernes. Solo a mí se me puede ocurrir venir un viernes a ver a papá y a esta hora, encima. ¡Demonios verdes!, con lo poco que me gustan los atascos, verás luego a la vuelta.

José Olivares acude una vez más a visitar a su padre a la residencia Real de Seseña, donde vive desde hace ya un año. Y, efectivamente, el atasco es monumental en la carretera de Andalucía. Hoy es 22 de mayo de 2015 y el próximo domingo hay elecciones autonómicas y municipales en España, tal vez este hecho tenga alguna influencia en el embotellamiento; o tal vez no tenga nada que ver.

Su padre tiene noventa años, se encuentra delicado de salud, pues arrastra una cardiopatía terminal desde hace tiempo. Se la detectaron en un exhaustivo examen al que fue sometido hace unos meses, tras tener que internarlo en la Fundación Jiménez Díaz, en Madrid, por una neumonía. Su hijo suele visitarlo con relativa frecuencia, pero hoy está algo más preocupado. Su padre lo ha hecho llamar a través de la directora de la residencia; algo extraño, porque eso no había ocurrido nunca.

—¿Y dice usted que quiere que vaya este viernes?, pero ¿es que ha pasado algo, le ha vuelto a insultar o a pegar a alguna auxiliar?

—No, por Dios, no es nada de eso, no te preocupes —contestó la directora de la residencia—, es solo que quiere hablar contigo, no me ha dicho más, ya sabes cómo es de reservado Pepe cuando quiere.

A medida que se aproxima a la residencia le asalta un sentimiento de pánico, algo irracional tal vez, un temor a que su padre esté muriéndose, incluso. Pero piensa que, si tuviera algo grave, se lo habrían comunicado, ¿qué sentido tendría el no haberlo hecho? No lo encuentra razonable. La residencia Real de Seseña se ubica al sur de Madrid, a unos cuarenta kilómetros. Es un lugar acogedor y de asistencia bastante humanitaria, los tres hermanos están muy contentos con la atención que recibe allí su padre; aunque tal vez los auxiliares de la residencia no lo estén tanto con el trato que reciben de él.

Tras aparcar fácilmente el coche en una de las calles adyacentes, como de costumbre, el hijo se encamina hacia la residencia, con paso firme, pero algo intranquilo, hasta que no lo vea y hable con él, no se quedará satisfecho.

Nada más entrar, se dirige hacia el salón donde habitualmente suele encontrar a su padre, medio dormido en alguno de aquellos sillones o sofás. Es un salón grande y espacioso, con salida casi siempre cerrada, a una amplia terraza y con una televisión exageradamente grande en una esquina, siempre a un volumen excesivo y emitiendo cualquier canal; no parece algo relevante. Da la impresión de que lo único que importa es que esté encendida, da igual si está sintonizada en un canal que emita noticias o una película o a un programa de variedades o de cotilleos. No se le presta mucha atención, pero acompaña, y su letanía constante ayuda a romper la monotonía del silencio.

No encuentra a su padre allí, es raro, porque a esta hora de la tarde suele estar en el salón durmiendo la siesta. Tras preguntar a una auxiliar, le informa de que hace un rato ha decidido subir a su habitación, a ver la televisión. «¡Qué cosa tan rara!», piensa José. Y allí que sube, ahora sí, realmente algo preocupado e intrigado a la vez.

Al llegar, escucha tras la puerta cerrada la televisión, tiene el volumen muy alto, cosa muy habitual, dado que su padre ha perdido mucha audición en los últimos años. Entra sin llamar y la escena que presencia lo tranquiliza. Su padre, sentado en un pequeño sillón que parece bastante incómodo y de espaldas a la puerta, está entusiasmado viendo *Barrio Sésamo*, en concreto una escena con las marionetas de Epi y Blas, que le encantan. El padre ni se percata de la presencia de su hijo, a pesar de que ha entrado ya y se sitúa justo a su lado, pero está tan entusiasmado y absorto con los personajes que no repara en absoluto en la presencia de su hijo, a su vera. Tanto es así que José debe interrumpirlo, eso sí, suavemente, tocando su brazo, lo que causa el efecto deseado. Su padre levanta la cabeza y le lanza una sonrisa cariñosa y le hace, además, una señal para que quite la televisión.

—¿Estás bien? —le pregunta su hijo.

—Muy bien, sí —responde el padre—. Bueno, he estado un poco inquieto los últimos días, no he dormido muy bien, pero me han dado no sé qué pastillas y ahora duermo como un tronco. ¿Has venido tú solo?

—Sí, hoy sí. Me había preocupado un poco cuando me llamó la directora y me dijo que querías verme. Como no me dio ninguna razón, no supe qué pensar, si te pasaba algo o estabas malo.

—Es que ella no podía decírtelo porque tampoco lo sabía, no se lo dije ni a tus hermanos ni a tu madre, claro.

Ahora sí que José está realmente intrigado. El padre de José se sincera con su hijo y le revela el verdadero motivo por el que lo ha hecho llamar. Quiere contarle una historia, le dice. Es una historia que ha estado guardando toda su vida, pero le gustaría contársela a él precisamente, porque sabe de su interés por las historias familiares antiguas.

—A ti siempre te han interesado estos temas —le cuenta el padre—, más que a tus hermanos y no digamos a tu madre, que no quiere saber nada de todo eso; pues no habrá roto fotos antiguas, mira que hemos discutido veces por eso.

—Entonces, ¿me has llamado porque quieres contarme una historia? Vaya, qué alivio —le dice su hijo—. Y esa historia, ¿por qué me la quieres contar, para que no se pierda, para que se la cuente yo a mamá, o qué es lo que quieres en realidad?, porque...

—No —le interrumpe el padre—, lo que yo quiero es que la escribas. A ti te gusta escribir; quiero que la escribas para que no se pierda, hijo mío, para que se conozca. Y ojalá pueda vivir lo suficiente para poder contártela entera, que veremos a ver. Quiero que ese sea mi legado. Yo, herencia que dejaros casi no tengo, bien lo sabéis tú y tus hermanos: mis libros y poco más; pero sí quiero dejaros eso. Ese será mi legado. Y, además, hay una condición que te voy a poner.

—¿Una condición? ¿Qué clase de condición? —pregunta extrañado el hijo.

—Hasta que termine la historia, tienes que venir todas las semanas, no me importa el día que sea, aunque mejor los viernes, pero quiero que todas las semanas vengas a verme mientras dure la historia que tengo que contarte, ¿estamos? No quiero que empieces a venir y luego lo dejes. Tenemos que terminar esto juntos.

El hijo acepta la condición, ahora realmente interesado y con una gran curiosidad por todo esto. Para ser sincero consigo mismo, no se esperaba algo así cuando acudió a la residencia. El padre quiere empezar hoy mismo a contarle esa historia del pasado, pero José intenta aplazar esta primera sesión: cree que lo ideal es grabar todas las sesiones y hoy no ha acudido con una grabadora.

—Pues lo grabas con el móvil, que sé que se puede hacer —le dice su padre, y José se pregunta si realmente conoce que hoy día los móviles cuentan con esa aplicación para grabar o si ha sido un farol que se ha tirado.

—Esta es la historia de mi niñez, hijo mío, de cuando yo era niño, en Nerva, que era mi pueblo, como tú ya sabes, donde vivía con mis padres. Los años de la República y cuando llegó la guerra, la guerra terrible, de la que casi nunca os he hablado ni a ti ni a tus hermanos. Y ahora quiero hacerlo, quiero contaros mi historia...

